



TRIBUNA ABIERTA

El habla de...



POR ANTONIO NARBONA

Vaya la cosa “por barrios” o incluso por (bloques de) viviendas, no me cansaré de repetir que hablar es mucho más que sesear o cecear

CUANDO terminé mis estudios en Granada, me *embarqué*, como tantos otros, en la redacción de una Memoria de Licenciatura sobre *El habla de... Olivares* (Sevilla), donde residía mi familia. Por sugerencia de A. Llorente, que ultimaba, con Alvar, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía* (ALEA), y era consciente de algunas “debilidades” de la titánica obra, me centré en cuestiones morfosintácticas. Por ejemplo, en la permanente interacción del orden de los elementos y el contorno melódico de la secuencia en que son integrados, fruto de cuya combinación es la impresión de que la cadena avanza “a borbotones”: *comé / come mu poco // bebé / cerveza, no bebe nunca // vino, tampoco // y así se mantiene ella mu bien; llové / ha llovió // pero / llové-llové / no ha llovió*. O en que a menudo el sentido acaba siendo contrario al literal: *¡anda que ha tarda(dd)o bahtante en deharla!* ‘no ha tardado nada en dejarla’. Eso sí, sin llegar a sostener que fueran hechos específicos de esa localidad, ni de Andalucía en general.

En los 60 años transcurridos, la pronunciación y el léxico han seguido acaparando casi toda la atención. En *El habla de Sevilla* (1982), de P. Carbonero, un librito de 85 páginas -de pequeño formato-, apenas se dedican ocho a algunos asuntos de morfología. El mismo número que en *El habla de Cádiz*, de P. M. Payán, aparecido en la misma fecha, de 270 páginas (de mayor tamaño), una especie de inventario de expresiones, muchas de las cuales se pueden oír fuera de Cádiz (*ensuciar* ‘defecar’; ¿*qué tiempo* [‘edad’] *tiene?*), y bastantes figuran en el *Diccionario académico* (*come más que una lima; enfilarse* [‘tener inquina’] a alguien); sus observaciones “fonéticas” (muy escasas) hacen pensar que lo característico de los gaditanos son los vulgarismos: *aholá* ‘ojalá’, [cuando] *muéramo* ‘muramos’, *refalá* ‘resbalar’, *vihe y malahe* ‘virgen, mal-ángel’, *jarto* ‘harto’, *opá y omá* ‘papá’ y ‘mamá’, *gabina* ‘cabina’, *fitetú* ‘fíjate tú’, etc. Mucho después (2018), en su *Sociofonética andaluza y lingüística perceptiva de la variación: el español hablado en Jerez de la Frontera*, de más de 500 páginas, Jannis Harjus, que se ocupa exclusivamente de la pronunciación, llega a la conclusión de que lo que define a los jerezanos no son rasgos como la “aspiración”/pérdida de la -s final de sílaba o palabra (*lah ciudade*), la relajación de la *ch* (*mushasho*) y de la *j* (*caha* ‘caja’) o la caída de la -d- intervocálica (*hablao, perdío*), sino el “rechazo del seseo”, que considera paradigmático del hablar “sevillano”. En Jerez, según él, se continuaría teniendo como “referencia”

el “español peninsular estándar”. Pero no queda claro que el descenso del *ceceo* (el 90% de los ceceantes en Jerez no han pasado de los estudios básicos, y sólo el 38% tienen estudios superiores) se traduzca siempre en un aumento de la no igualación [casa] de *casa* y *caza*, y nunca del seseo, un hábito articulatorio, por cierto, practicado -es verdad que con tipos de s distintas- por más del 90% de los hispanohablantes, y no, ni mucho menos, por todos los sevillanos.

Habrà que insistir en que aquello a lo que más interés prestan los estudiosos -todos los mencionados son Catedráticos universitarios- no basta para saber *cómo se habla* en tal o cual ciudad o pueblo de Andalucía. Y la comprobación de abundantes divergencias en el interior de cada localidad, si no está llevando al empleo del plural en el título (*las hablas de...*), sí a decantarse por otros como *El habla de Granada y sus barrios*, cuyos autores (J. A. Moya y E. J. García Wiedemann) también se ocupan únicamente de fenómenos fonéticos, en concreto de si se *sesea, cecea* o distingue, y de si la *ch de coche* se realiza africada o fricativa (*coshe*).

Vaya la cosa “por barrios” o incluso por (bloques de) viviendas, no me cansaré de repetir que *hablar* es mucho más que *sesear* o *cecear*, y que hacerlo bien o mal no depende de que se “aspi-



ABC

ren” o dejen de realizar más o menos -s implisitas, de que se diga *m’é-quivocao* o *me he equivocado*... Así que, tras la tarea, ineludible, de separar -dentro de la abundante y creciente bibliografía sobre el andaluz- lo que constituye aportación a su conocimiento de lo (mucho) que es prescindible, resulta inaplazable ampliar el ángulo de observación, para que también entre la técnica de construcción del discurso. Algo que, con mayor razón, ha de hacerse con varias cámaras que continuamente tienen que ser cambiadas de ubicación, si se quiere captar el dinámico y cambiante comportamiento idiomático de los hablantes, que se van adaptando a cada tipo de acto comunicativo. Porque, más que averiguar lo que “*en mi pueblo se dice...*”, interesa desvelar “*cómo se habla en...*”, o, mejor, “*de qué maneras hablan los de...*” según dónde, con quién(es), de qué... lo hagan. Nunca los retratos simplificados son fieles al original, y a menudo no favorecen.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

